

columbra en sí misma prerogativa alguna que le merezca el honor que recibe. ¡Y de dónde á mí tanta dicha que venga á visitarme la Madre de mi Señor! *Et unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me!* Su agradecimiento corre parejas con su respeto y humildad. ¡Qué celo por la gloria de María! ¡qué vivos y afectuosos deseos! Feliz eres, María, y lo serás siempre, porque has creído: cumpliráse en tí cuanto te ha sido anunciado de parte de Dios: *Beata que credidisti, quoniam perficientur ea quæ dicta sunt tibi à Domino.* (Ib.).

15. Ahora, pues, todos los sentimientos que la Virgen hizo nacer en el corazón de Isabel son precisamente los mismos que ha de despertar en el de todos los fieles. Y, para reducirlos á alguna máxima que sirva de norma respecto del culto que debemos á la Madre de Dios, señalaremos dos reglas seguras á que atenernos. La una es, que no podemos honrar á Dios, sin creernos á la vez obligados á honrar á su Madre. La otra es, que no podemos honrar de veras á la Madre de Dios, sin darnos por obligados á hacerlo con señales exteriores y público culto. Dos máximas son estas que poco se armonizan con la mal entendida delicadeza, ó mejor dicho, maligna circunspeccion que á veces se aparenta contra los pretendidos abusos de un culto tan conforme al espíritu de Dios. Escuchadme.

16. Preténdese que este culto sea un desvío de nuestro corazón; que nos distrae de Dios; que nos impide poner en Dios nuestra principal confianza. ¡Engañosas sutilezas, que no solo osaron divulgar algunos cismáticos y libertinos declarados, sino aun bastantes católicos, ó mejor, secretos enemigos de María, embozados bajo un catolicismo aparente! Á fin de destruir de un modo evidente esas cavilaciones, y sin apartarnos del ejemplo que tenemos á la vista, propongamos el vano escrúpulo, no ya á almas simples y sin discernimiento, sino á esa misma Isabel que acoge á María con tantos rasgos de afecto y veneracion. Declarémosle el peligro á que nos expone su ejemplo; hagámosle presente que la reverencia que tiene á María defrauda la que debe á Dios; digámosle que se atreve á atribuir á la Madre de Dios unos milagros que tienen por autor á Dios solo. ¡Qué es lo que responderá ella á nuestros raciocinios y sutilezas? Responderá que su reconocimiento y respeto hácia María no son otra cosa que reconocimiento y respeto hácia Dios: que el singular afecto y veneracion que manifiesta á María se fundan únicamente en su divina maternidad: *Unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?* que, quitando esta augusta maternidad, nada le queda que la privilegie sobre las demás mujeres;

pero que con esta maternidad María ocupa un puesto delante de su Hijo, que, aparte del mismo Dios, no tiene igual. Es precisamente esta maternidad la que crea tan prodigiosa distancia entre María é Isabel, que la visita de aquella deja azorada á esta sin poder comprender cómo la Madre del Señor se digne honrar de este modo á la madre de Juan: *Unde hoc mihi?* Por manera que toda la admiracion que manifiesta á la Virgen, su prima, y que no halla palabras con que expresar, no es otra cosa que un homenaje tributado á la omnipotencia de Dios que dar quiso al mundo una imágen de su grandeza en la grandeza de su Madre. Si este argumento deducido de los sentimientos de Isabel no acalla todavía los escrúpulos del falso celo que voy combatiendo, opondré á los que los tienen la práctica de todos los siglos.

17. Es tal, que en todos tiempos los mas grandes siervos de Dios han sido tambien los mejores siervos de María; y los que mejor han hablado de la grandeza del Hijo, mejor hablaron á la vez de la grandeza de la Madre. ¿Se les tildará de temerarios y supersticiosos á tantos ilustres personajes de la Iglesia? ¿Se les achacará un plan meditado de extraviar á los fieles, induciéndolos al error, y de quitar al Criador, para traspasarlo á una criatura, lo que es á él debido? ¿Se sospechará acaso en ellos simplicidad, ignorancia, obstinacion? ¿Quién mas celoso de la fe que un Atanasio, un Crisóstomo, un Epifanio, un Basilio? ¿Quién mas erudito y prudente que un Ambrosio, un Anselmo, un Gregorio? ¿Quién mas profundo y exacto que un Agustín, un Jerónimo? Para que puedan eclipsar ni llegar de muy mucho á la sabiduría, religion é inspiraciones de estos hombres afamados, ¿qué credenciales nos traen los que en nuestros dias hacen alarde de estar dotados de un juicio mas certero y alambicado acerca de lo falso ó verdadero, de lo útil ó peligroso en materia de prácticas cristianas y de devocion? Á esta reflexion añadid otra no menos atendible y convincente.

18. En todos tiempos los que han combatido el culto de María, condenado los honores que le rendimos, limitado su poder, y puesto en duda sus privilegios, han sido los mas furibundos enemigos de Dios y de su Iglesia, herejes, fanáticos, impíos, libertinos públicos ó secretos. Tal fue Cerintio, que en tiempo de los Apóstoles negó que María fuese Madre y Virgen, y que Jesucristo fuese Dios. Tal fue aquel Joviniano que no quiso reconocerla Virgen despues del parto, y echó á desterrar de todo el Cristianismo la virginidad. Tal fue aquel Nestorio que le disputó el título de Madre de Dios, afir-

mando que en Jesucristo habia dos personas. Tales fueron aquel Lutero y aquel Calvino que la supusieron esclava de la culpa, y prohibieron se la invocase. ¿No son esos reformadores los mismos que profanaron el santuario del Altísimo, que destrizaron los tabernáculos, que derramaron la sangre de los sacerdotes, que conmovieron los pueblos contra las autoridades legítimas, que saquearon los reinos é imperios, que se propusieron cambiar la faz de la Religion y derrumbar la casa de Dios? No hay mas, por consiguiente, que declararos ó por una ó por otra de las dos escuelas, hermanos míos: ó por la de aquellos santos doctores que fueron los Padres de la Iglesia, ó por la de esos desertores de la fe que tantos trastornos causaron á la Iglesia. Elegid los guias mas dignos de ser seguidos. Considerad si los que tratan de amotinar vuestra conciencia contra el culto de María y la confianza que en ella poneis, tienen algun rasgo de semejanza con aquellos grandes maestros que acatamos y han acatado antes que nosotros los siglos precedentes; ó si se parecen mas bien á aquellos heresiarcas que por un falso respeto de Dios le deshonran en su Madre. Confesad, por fin, que con los unos nada quereis aventurar, y que todo lo arriesgais con los otros.

19. Digo mas todavía, y, segun la otra máxima que llevo sentada, sostengo que, para honrar de veras á la Madre de Dios, le debemos no solo un culto sincero, sino un culto público; y que no basta serle devoto en lo íntimo del corazon, sino que es necesario manifestar con actos externos nuestra devocion.

20. Permitid, hermanos míos, que antes deplore un abuso escandaloso que va introduciéndose en el mundo, especialmente entre los grandes y entre los que afectan superioridad de espíritu. Ellos miran con indiferencia y como un ejercicio de poca monta las prácticas de devocion dedicadas á María. Al pueblo, movido de una piedad filial hácia la Madre de Dios, se le ve, sí, correr desalado hácia sus altares; reunirse en torno de ellos en las solemnidades y fiestas que se le consagran; hablar de ella con ternura; sostener con fervor sus derechos. (Bendito sea Dios mil veces por habernos, en medio del cieno, si así me es lícito expresarme, conservado estos restos del fuego sagrado que ardia en tiempo de nuestros padres; así como en otro tiempo el pontífice Nehemías halló un residuo de aquel fuego que sus predecesores habian sacado del altar y escondido en un hueco subterráneo, al conducirseles prisioneros á Babilonia). Tal digo ser la chispa que resta en el pueblo: y, cuando será de vuestro agrado, ó Señor, bastará ella para volver á encender to-

dos los corazones y dilatarse por toda la tierra. Empero para las personas privilegiadas por condicion de familia, para los espíritus fuertes que se jactan de sentir de otro modo que la pluralidad de los hombres y de burlarse de las opiniones populares, ¿se trasluce el menor celo por esta particular devocion? Ellos, al contrario, una y otra vez cimbran palmas al orgulloso celo de los novadores ansiosos de cercenar de la Religion todo cuanto á ellos no les cae bien. Ellos, al contrario, despachan como cosa hasta obsequiosa para Dios el hablar en sus discursos y escritos de tal modo que parecen desacreditadas las prerogativas y culto de María.

21. ¡Ah! no es esto lo que nos enseña Isabel. Instruida en sus deberes, y muy competente para hacernos conocer á nosotros los nuestros, no repara en declararse altamente, glorificando á la Madre del Señor. Levanta su voz: *Exclamavit voce magna*. Quiere que la Virgen sea colmada de bendiciones: *Benedicta tu*. Desde aquel dia hasta los nuestros esta palabra no ha dejado de resonar en la Iglesia. Cerca de diez y nueve siglos la han repetido con igual fervor é igual piedad: *Benedicta tu*. La misma Virgen se apresuró á atestiguar la verdad de la misma con el vaticinio que entonces hizo: Seré bendecida, seré loada, seré llamada dichosa por todas las generaciones: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. (Luc. 1). ¿Y qué? Despues de haber visto, hermanos míos, cumplido este oráculo por todas las generaciones transcurridas desde María hasta nosotros, ¿ahora será cuando demos en querer contrariarlo y desmentirlo? ¿Ó dejaremos á los ignorantes y á los pequeños el cuidado de darle cumplimiento? ¿Y nos avergonzaremos de tener parte en aquel concierto de alabanzas en que los patriarcas y profetas, y reyes y conquistadores, y héroes del mundo se gloriaron de asociarse con la plebe mas abyecta? ¡Qué perversa é ingrata generacion debe de ser la nuestra! En un reino que desde tanto tiempo es llamado católico y tiene por patrona á la Virgen inmaculada, ¿se verá caer y desterrarse tan saludable devocion? ¡Y en qué tiempo, santo cielo! Cuando mas se enfurecen las tormentas y se multiplican siniestros imprevistos é inmensurables sucesos.

22. Es preciso convenir en que todos los motivos que de cuando en cuando despertaron y renovaron en las almas el fervor de la devocion á María, todas las ocasiones que dieron origen á la institucion de sus fiestas y solemnidades, de repartidas que habian sido en varios siglos, han pasado á encontrarse reunidas en el siglo en que vivimos. Unas veces se recurrió á su proteccion para extinguir

el fuego de la herejía; otras, para reconciliar á los potentados mutuamente exasperados con enemistades, odios y guerras; otras, para detener el curso de enfermedades contagiosas, como cuando en el siglo VI el pontífice Gregorio Magno hizo llevar en solemne procesion la célebre imágen de la Virgen por entre el clamoreo y gemidos del pueblo, logrando este ver á un Ángel del Señor en la cima de aquel castillo que desde entonces recibió y guarda todavía su nombre, envainando ya la espada exterminadora, teñida con la sangre de mil y mil víctimas inmoladas á la cólera divina.

23. ¿Qué vemos en nuestros dias? ¿No vemos toda suerte de males inundando toda la faz de la tierra? ¿No vemos la herejía, los cismas, la irreligion, la impiedad, con todos los vicios que forman su comitiva; y por necesaria consecuencia, lacerados y en mútua guerra no solo los reinos y estados, sí que tambien los corazones de los individuos; llamando todo esto por remate otros mas terribles azotes del cielo, la peste, las enfermedades, las muertes improvisas y todas las plagas de la ira divina? En medio de tantas calamidades el brazo del Señor tiene la espada afilada y pendiente sobre nuestras cabezas, á punto de descargar nuevos golpes y abrir nuevas llagas. ¿Qué hacer? Exclamaremos, como Jeremías en vista de las desdichas de la Palestina ó del nuevo estrago que amenazaba á los egipcios: *O mucro Domini, mucro Domini* (cap. XLVII): ¡ó espada del Dios de los ejércitos! ¿seguirás hiriendo siempre? ¿no cesarás jamás? *usquequo non quiesces?* Vuelve, vuelve á la vaina, de donde nuestras culpas te han hecho salir: *ingredere in vaginam, refrigerare et sile.*

24. Pero ¿es para nosotros, pecadores rebeldes, sujetos á tantas caidas y recaidas, el dirigir á Dios estas palabras? ¿Es para nosotros el aplacarle? ¡Ah! Á la Madre de misericordia, hermanos míos, es á quien hemos de recurrir. Por su medio es como hemos de implorar gracia. María puede mandar á los vientos, conjurar los torbellinos y borrascas, y renovar á nuestra vista los prodigios que obrara á los ruegos de Gregorio Magno en beneficio del pueblo romano. No perdonemos medio de hacérnosla propicia. No nos duela jamás el ser devotos suyos, como lo fueron los Santos. Si con nuestros extravíos nos hemos hecho indignos de su proteccion, procuremos hacernos dignos de ella con el arrepentimiento. Bajo sus auspicios, y con la gracia de una verdadera penitencia, nos veremos libres de las presentes desgracias que nos afligen, y llegaremos á la eterna felicidad á que aspiramos. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

Exurgens Maria abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda. (Luc. 1).

María se puso en camino á las montañas de Judea, á una ciudad de la tribu de Judá.

1. El eje sobre que ruedan las visitas son las pasiones humanas, y los resortes de esta máquina son el interés, el fingimiento, el..., el... Todas las pasiones conspiran para formar aquel gran laberinto de ceremonias, charlatanerías, murmuraciones...

2. ¿Será necesario separarse de los hombres y sepultarse en los claustros? Ventajoso seria, pero no todos... Aun el religioso debe pagar tributo á la sociedad... El parentesco, la amistad, etc., exigen...

3. Hemos de procurar santificar nuestras visitas, nuestras..., tomando por modelo á María, *de qua veluti in speculo refulget forma virtutis...* ¿Cuál fue el motivo de la visita de María á su prima? ¿Cuál su objeto?...

Primera parte: La visita de María á Isabel fue santa en su principio.

4. ¿Cómo, pregunta san Ambrosio, esta Virgen que ha hecho hasta aquí sus delicias del retiro..., cómo rompe hoy...? *Charitas*, dice el mismo, *impulit ut cognatam inviseret...* ¿Puede darse motivo mas justo, ni...?

5. ¿Cuál es la actividad de esta su caridad?... *Nescit tarda molimina*, etc., dice san Ambrosio... Acaba de concebir en su seno..., y... *Quo jam Deo plena, nisi ad...?*

6. ¿Qué puede haber mas peligroso...? ¿Qué podrá parecer mas extraño...? Mas, fuera razones humanas... *Non à publico*, dice san Ambrosio, *virginitatis pudor, non...* Solo escucha á su corazon... animado de una caridad fogosa y ansiosa...

7. Las miserias del hombre siempre han inclinado el corazon